

ANTONIO MACHADO Y LOS TOROS¹

Por ALFONSO GUERRA GONZÁLEZ

Para estudiar la relación que tuvo el poeta con la lidia debemos situar nuestro aparato de observación en la época en que vivió y escribió don Antonio, pues si lo hiciéramos desde la óptica del presente, de este momento sólo cabría la resolución de una expectación; Machado era protaurino o antitaurino.

Si alguno de los que me escuchan espera un dictamen de protaurinismo de Machado, les aviso ya de su decepción. Por el contrario, si se espera de mis palabras una proclamación del poeta como antitaurino, igualmente les anticipo la frustración.

Antonio Machado gustó de la fiesta y fue crítico con los toros, porque Machado es un poeta complejo, claro, pero lleno de matices y aristas en todo lo que expresa, también en el tema de la llamada fiesta nacional.

Una visión descuidada de la obra de los hermanos Machado, Antonio y Manuel, ha conducido durante demasiado tiempo a discernir dos posiciones contrapuestas: Antonio el bueno, el gran poeta; Manuel el malo, el poeta menor; el uno republicano, el otro

1. Conferencia pronunciada en la sesión del Curso “La tauromaquia y los Machado. De Cúcharas a los Gallo”, organizado por la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo y la Real Maestranza de Caballería de Sevilla (mayo de 2025 y celebrada en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

fascista; Manuel taurino (como conservador), Antonio antitaurino, respondiendo a su educación en la Institución Libre de Enseñanza, donde se educó también Manuel. Hoy podemos deshacer el falaz tópico. Los dos hermanos son grandes poetas, aunque muy diferentes, transcendencia en Antonio, ligereza de la gracia en Manuel; los dos fueron republicanos, con la atrabiliaria circunstancia de que un levantamiento militar (julio de 1936), que derivará en una larga guerra civil, sorprenderá a uno en Madrid y al otro en Burgos, que pronto será el cuartel general de los sublevados.

En cuanto a su relación con los toros la diferencia es clara. Manuel fue un gran aficionado, incluso se podría hablar de un experto, su libro *La Fiesta Nacional*, lo avala, así como sus cuantiosas críticas de las corridas. Bastaría leer su poema “Retrato” del libro *El mal poema*:

“Retrato”

Esta es mi cara y ésta es mi alma. Leed.
Unos ojos de hastío y una boca de sed...
Lo demás... Nada... Vida... Cosas... Lo que se sabe...
Calaveradas, amoríos... Nada grave.
Un poco de locura, un algo de poesía,
una gota del vino de la melancolía...
¿Vicios? Todos. Ninguno... Jugador, no lo he sido:
no gozo lo ganado ni siento lo perdido.
Bebo, por no negar mi tierra de Sevilla,
media docena de cañas de manzanilla.
Las mujeres..., sin ser un Tenorio —¡eso, no!—,
tengo una que me quiere y otra a quien quiero yo.

Me acuso de no amar sino muy vagamente
una porción de cosas que encantan a la gente...
La agilidad, el tino, la gracia, la destreza;
más que la voluntad, la fuerza y la grandeza...
Mi elegancia es buscada, rebuscada. Prefiero,
a lo helénico y puro, lo chic y lo torero.
Un destello de sol y una risa oportuna
amo más que las languideces de la luna.
Medio gitano y medio parisien —dice el vulgo—,
con Montmartre y con la Macarena comulgo...
Y, antes que un tal poeta, mi deseo primero
hubiera sido ser un buen banderillero.

Es tarde... Voy de prisa por la vida. Y mi risa es alegre, aunque no niego que llevo prisa.

Manuel confiesa que a lo helénico y puro, prefiere lo chic y lo torero, es un torero en la práctica de la vida, pues antes que un poeta quisiera haber sido un buen banderillero.

En cuanto a Antonio, todo parece diferente. Para evitar mostrar preferencia por uno u otro, que desde luego tengo pero no es el momento de expresarla, he preferido definir a los poetas con sus autorretratos. Veamos ahora el de Antonio, de su libro *Campos de Castilla*, en el que vamos a apreciar un contraste fenomenal.

“Retrato”

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara ni un Bradomín he sido
-ya conocéis mi torpe aliño indumentario-;
mas recibí la flecha que me asignó Cupido
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar con Dios un día—;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje
y esté a partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

Como apreciarán ustedes aquí no hay nada de torerías, ni juegos de amoríos. Sin embargo, ateniéndonos a su biografía, a los artículos publicados y al tratamiento del tema en los poemas, podemos estudiar con datos fehacientes, su vinculación con la fiesta de los toros.

En una interpretación simplista se podría decir que Antonio pasó por tres etapas, tres momentos en su vida respecto a su visión del torero, a favor, en contra y de tibieza, pero no sería exacto. Fueron épocas en las que Antonio Machado observó a la fiesta con una mirada distinta, con un enfoque diverso: el arte u oficio del torero en sí mismo, las consecuencias sociales de la utilización de la afición a los toros, y la búsqueda de la explicación cultural de la lidia. Son estratos de su visión, capas que se sitúan unas sobre otras, fruto de la evolución de la mirada al mundo del poeta.

En el primer enfoque, el del torero en sí mismo, se diría que Antonio Machado fue un buen aficionado a los toros. Lo confirma su asistencia a las plazas, y su temprana dedicación a la crítica taurina. Muy jóvenes aún Manuel y Antonio Machado escribirán de toros en la revista *La Caricatura*. Ellos firmaban con pseudónimos: “Cabellera” Antonio, “Polilla” Manuel y cuando escribían conjuntamente “Tablante de Ricamonte”.

Detengámonos en algunos de sus artículos. El 17 de julio de 1893 publica Antonio Machado un artículo que titula; “Algo de todo. Afición taurina”. Lo firma con su pseudónimo habitual, Cabellera.

Hace el entonces joven poeta una descripción, no exenta de ironía, de los aficionados a la lidia y sus posiciones cerradas en defensa de los “sagrados cánones del toreo”, desmintiendo, además, que la afición en Madrid se encuentre en notable decadencia, pues a pesar de las lamentaciones de los viejos aficionados que no cejan en recordar a los maestros Montes, Cúchares y Chiclanero, que sí se ajustaban al “Código sagrado”, las corridas se multiplican, las gradas se encuentran de día en día más concurridas.

Y se ocupa de las tertulias de los aficionados en las que repasan una y otra vez las faenas de sus toreros favoritos. En las disputas alrededor de una copa de manzanilla que describe Antonio se comprueba que el toreo no le era ajeno, pues dominaba el léxico y las diversas artes de la lidia. Así escribe: “la faena empleada por el Chispero en su primer toro, consistente en dos pases naturales, dos pases de pecho y tres ayudados y un pase en redondo, y con la res cuadrada, un volapié hasta la mano que hizo innecesaria la puntilla”.

Termina el trabajo con una conclusión asertiva que muestra la fuerza con que observa la tauromaquia. Refiriéndose a los que siguen a sus ídolos de plaza en plaza dice: “en suma ser aficionado a los toros es ya ejercer una profesión”.

En otro artículo firmado por los dos hermanos con el nombre de Tablante de Ricamonte expresan una crítica mordaz contra los empresarios de las plazas de toros. Cuentan que un anónimo picador fue contratado a duro por costalada que le diera el toro, y cómo con la golosina de los duros el picador se iba contra el toro a riesgo de que lo escacharrara contra las tablas. Treinta y siete costaladas le dio. Entonces ganaste treinta y siete duros, le dijo un amigo. Todas fueron de gratis, porque el grandísimo ladrón del empresario me quedó a deber las treinta y siete costaladas.

En otro artículo, firmado por “Cabellera”, es decir, Antonio Machado, expone la eterna cuestión de la crítica a los críticos y lo relaciona con los toreros que no alcanzan el triunfo, y responsabilizan a los críticos y a la ignorancia de la afición.

Para corroborar la afición de Antonio por las corridas de toros contamos con una carta que dirige a su hermano Manuel, a la sazón en Sevilla terminando sus estudios. La carta está fechada en noviembre de 1896 y en ella le da cuenta de la temporada tau-

rina. “Bombita ha hecho aquí una gran temporada, demostrando ser el primer matador de toros, y no mal torero”. Adviértase la distinción que hace entre matador y torero. Y sigue diciendo que Bombita fue el héroe de la célebre corrida en que todos estuvieron admirables. Hace referencia a algún pasaje de la faena: “¡Qué dos volapiés más monumentales; No cabe más!”. Vuelve a distinguir entre el momento de matar y la faena del toreo: “Reverte, aunque no es tan matador, es, si cabe, más valiente que Bombita y hace más prodigios de temeridad” Después se ocupa de otro torero de tronío, el Guerra. “Guerra demostró que es el número uno de los toreros en la faena inteligentísima que hizo en su primer toro y con la espada quedó muy bien. Pero el fenómeno fue Bombita. Es fácil deducir que no se escribe esta carta, poniendo al día a su hermano de lo que pasa en la temporada, sin tener afición, además de demostrar un buen conocimiento de la lidia.

Todo ello nos lleva a declarar sin ambages que Antonio Machado conocía la fiesta nacional, incluso pudiera decirse que se gustaba de ella. Podemos, pues, afirmar, en base a sus textos, que tuvo el poeta una etapa en la que vivió la afición a la fiesta de los toros. Los hermanos Machado acudían con frecuencia a las plazas; lo confirma su primer biógrafo Miguel Pérez Ferrero. Además, a la tertulia madrileña de Antonio Machado acude José María de Cossio que estaba ocupado en confeccionar su magna obra *Los toros*, para la que, por cierto, dará empleo al poeta Miguel Hernández. Muchas de las fichas de los toreros están escritas por el gran poeta de Orihuela. Sin duda las discusiones acerca de la tauromaquia no debieron faltar en aquella tertulia.

Antonio Machado vivió una juventud solitaria (Oh soledad, mi sola compañía/ he vivido una juventud sin amor) buscando la felicidad que él centraba en el amor. Y lo encontró en una niña de Soria llamada Leonor. Serán los años felices de Soria donde imparte clases de lengua francesa. Pero pronto el destino le arrebató la alegría de vivir. Leonor muere con dieciocho años y el poeta desolado reacciona con furia:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

En una carta que escribe a Juan Ramón Jiménez muestra la personalidad del poeta y del hombre:

Cuando perdí a mi mujer pensé en pegarme un tiro. El éxito de mi libro me salvó, y no por vanidad ¿bien lo sabe Dios!, sino porque pensé que quiero trabajar, humildemente, es cierto, pero con eficacia, con verdad. Hay que defender a la España que surge del mar muerto, de la España inerte y abrumadora que amenaza anegarlo todo.

Antonio marchará de inmediato de Soria a un nuevo destino, Baeza, donde comprobará el retraso en el que vive España y su visión del mundo cambiará. Los poemas escritos en Baeza nos hablan de una España arcaica, pegada a las viejas tradiciones, necesitada de un cambio que sólo llegará a través, piensa el poeta, de una juventud moderna y liberada de los vicios del pasado. Es la época en que coincide con las tesis anticastizas de Unamuno, en las que contrapone la España del futuro, progreso y justicia a la que vive en la ensoñación de las glorias pasadas y las tradiciones que anclan a la nación en el retraso. Así en “El mañana efímero”:

La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de Frascuelo y de María,
de espíritu burlón y de alma quieta,
ha de tener su mármol y su día,
su infalible mañana y su poeta. (...)
Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahir, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste,
cuando se digna usar de la cabeza (...)
Más otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
una España implacable y redentora,
España que alborea
con hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.

Igualmente, en el poema “Del pasado efímero” nos describe el hombre unido a las tradiciones con referencias múltiples a los toros.

Este hombre del casino provinciano
que vio a Carancha recibir un día,
tiene mustia la tez, el pelo cano,
ojos velados por melancolía;
bajo el bigote gris, labios de hastío,
y una triste expresión, que no es tristeza
sino algo más y menos: el vacío
del mundo en la oquedad de su cabeza.
Aún luce de corinto terciopelo
chaqueta y pantalón abotinado,
y un cordobés color de caramelo,
pulido y torneado.
Tres veces heredó; tres ha perdido
al monte su caudal; dos ha enviudado.
Solo se anima ante el azar prohibido,
sobre el verde tapete reclinado,
o al evocar la tarde de un torero,
la suerte de un tahúr, o si alguien cuenta
la hazaña de un gallardo bandolero,
o la proeza de un matón sangrienta.

Debo confesarles que, en mis primeras lecturas de los textos de Machado, este poema no lo entendí. “que vio a Carancha recibir un día”; “tres (veces) ha perdido al monte su caudal”.

Cuando Machado habla de Carancha se refiere a Cara Ancha, un torero al que tocó una época difícil en la que dominaba el toreo la competencia intensísima entre Lagartijo y Frascuelo; para destacar Carancha utilizará la suerte de recibir que los otros dos no dominaban. La suerte de recibir era la manera tradicional de matar al toro que fue siendo sustituida por la menos arriesgada del volapié o vuelapiés. La suerte de recibir está descrita en el tratado clásico *El Toreo* de Sánchez de Neira de 1886: “Recibir es la suerte de matar toros frente a frente y a pié quieto hasta después de meter el brazo”.

Volvamos al asunto de la crítica social de utilización del toreo para acallar las conciencias descontentas. En su idea contra el casticismo se encuentra la noción de los toros como forma de entretener al pueblo que le impida ocuparse de cosas más tras-

cendentes; los toros como forma de alienación de las masas (este término masas no lo utiliza Machado, pues piensa que la masa es el pueblo visto desde arriba).

Durante la dictadura del general...ísimo, se hablaba de “pan y fútbol”, hoy se podría decir “pan y televisión”, e incluso “pan y móvil”. Fue el poeta romano Juvenal quien utilizó la expresión *panem et circenses*, pan y circo. En España se atribuye a Jovellanos la expresión “pan y toros” como fórmula de apaciguar los conflictos sociales.

Cuando Fernando VII vuelve a España en 1814, los partidarios del absolutismo desenganchan los caballos del carruaje del Rey y tiran ellos al grito de “¡vivan las cadenas!” Este grito junto al de “pan y toros” serán lemas frecuentes de los regeneracionistas para llamar la atención sobre el atraso de España.

La expresión “pan y toros” aparece en un folleto anónimo (atribuido a Jovellanos), pero cuyo autor fue León de Arroyar que respondía a la *Oración apologética por España y su mérito literario* de Juan Pablo Forner, de 1793. La respuesta de 1812 se titulaba *Oración apologética en defensa del Estado floreciente de España*, que en su párrafo final decía: “Haya pan y haya toros, y más que no haya otra cosa. Gobierno ilustrado: pan y toros pide el pueblo, pan y toros es la comidilla de España. Pan y toros debes proporcionarla para hacer en los demás cuanto se te antoje e in secula seculorum. Amén”.

La expresión hizo fortuna sobre todo a partir de que Barbieri titulara así su zarzuela. Sin embargo, fue el siempre elogiado Siglo de oro el momento de la consagración del toreo considerado como una expresión de cultura en el sentido que siglos más tarde hiciera la Unesco: “conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o un grupo social. (La cultura) engloba además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias.” En los múltiples ejemplos que nos ofrece la literatura las fiestas taurinas son fuente de inspiración artística y reflejo de una cultura compartida a través de un léxico propio que no necesita explicación para ser entendido.

A la pregunta reiterada acerca de si la corrida es un arte no es fácil responder, pero sí es seguro que el toreo es un arte, una performance, diríamos hoy, porque es un saber técnico y es un arte

en cuanto en la percepción del espectador cuenta de forma intensa los componentes estéticos.

Los escritores de la época en la que escriben Manuel y Antonio Machado se habían interesado por el toreo de forma muy varia, débilmente los regeneracionistas, más intensa los de la generación del 14 y muy frecuente y profunda la generación del 27. Antonio Machado se interesó desde sus años mozos, aunque sin alcanzar la devoción de su hermano Manuel, que como hemos visto hubiera querido cambiar su condición de poeta por la de ser un buen banderillero.

Más allá de la posición concreta acerca del valor del toreo, el poeta Antonio no se despoja de una amplia influencia del léxico taurino. Utiliza repetidamente el término embestir como contrapunto a pensar. En los *Proverbios y Cantares*: “De diez cabezas, nueve/ embisten y una piensa./ Nunca extrañéis que un bruto/ se descuerne luchando por la idea”. Ya vimos en *El mañana efímero*: “Esa España inferior que ora y embiste/ cuando se digna usar de la cabeza”. Nos advierte Juan de Mairena: “El hombre es el animal que pelea con la razón; quiero decir que embiste con ella. Te libre Dios de tarascada de bruto cargado de razón”.

Cuando Machado quiere representar el fin de la aristocracia elige a don Guido y le dedica el “Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido” (recordar a Jorge Manrique) y nos enumera las condiciones del representante de la clase que muere:

Murió don Guido, un señor
de mozo muy jaranero,
muy galán y algo torero;
de viejo, gran rezador.
(...)

Buen don Guido, ya eres ido
y para siempre jamás...
Alguien dirá ¿Qué dejaste?
Yo pregunto: ¿Qué llevaste
al mundo donde hoy estás?
¿Tu amor a los alamares
y a la seda y a los oros
y a la sangre de los toros
y al humo de los altares?

Para comprender con precisión donde situaba Machado la crítica social del toreo es conveniente leer el texto que el poeta dedica la pedagogía:

Es preciso enviar los mejores maestros a las últimas escuelas, ha dicho el ilustre pedagogo español (se refiere a Manuel Bartolomé Cossío, con quien Machado colaboró en su extraordinario proyecto Misiones Pedagógicas). En efecto, si la ciudad no manda al campo verdaderos maestros, sino guardias civiles y revistas de toros, el campo mandará sus pardillos y abogados de secano, sus caciques e intrigantes a la cumbre del poder, y los mandará también a las Academias y Universidades.

En *Los complementarios* encontramos una serie de anotaciones de los días en que se declara la Gran Guerra, que terminan después de sesudas observaciones en un símil taurino.

A la vuelta de una expedición a Guadarrama, se nos dice en La Granja que la guerra es inevitable.

Salimos de Cercedilla, pernoctamos en la casita de la Institución...de la casita a La Granja a pie. De La Granja a Segovia en automóvil. De Segovia a Madrid en tren. Corazón e itinerario de don Francisco Giner. En el tren encontramos al Sr. Cossio. Nos dice que la guerra es un hecho y que Inglaterra entrará en ella. Cossio cree en el triunfo de los Aliados. Alemania ha enviado un ultimátum a Rusia.

Ayer Inglaterra ha declarado la guerra a Alemania por la invasión de Bélgica.

Y añade Machado una anotación del día 5 de agosto de 1914:

Germanófilos y francófilos—Frascuelistas y lagartijistas.

M. Delume dice que la guerra durará un mes. Comprar los cuadernos para don Mariano Ferrer. Los exámenes no serán hasta el 20 de septiembre.

Obsérvese el desdén con el que trata la guerra, hasta el punto de asemejarla a los enfrentamientos de la afición taurina entre los más afamados toreros, Frascuelo y Lagartijo. Además de equiparar la preocupación de una guerra —que durará un mes— con

la de comprar unos cuadernos que ha debido prometer a un compañero de instituto y a la aún no próxima fecha de los exámenes de septiembre.

Incluso cuando la trascendencia del poeta se ocupa de lo más trágico y definitivo, de la muerte, recurre Antonio Machado a las semejanzas con el arte de la tauromaquia, incidiendo en las ideas que debe llenar la mente del torero cuando está solo frente al toro, frente a la muerte.

De la muerte decía Epicuro que es algo que no debemos temer, porque *mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos*. Con este razonamiento, verdaderamente aplastante —decía Mairena— pensamos saltarnos la muerte a la torera, con helénica agilidad de pensamiento. Sin embargo —el sin embargo de Mairena era siempre la nota del bordón de la guitarra de sus reflexiones— eso de saltarse la muerte a la torera no es tan fácil como parece, ni aún con la ayuda de Epicuro, porque en todo salto propiamente dicho la muerte salta con nosotros. Y eso lo saben los toreros mejor que nadie.

Hasta en las más sofisticadas reflexiones Machado recurre al toreo. véase, si no, lo que dice Mairena hablando de filosofía y con un inmisericorde ataque a Séneca:

Pero hemos de acudir a nuestro folklore, o saber vivo en el alma del pueblo, más que a nuestra tradición filosófica, que pudiera despistarnos. El hecho, por ejemplo, de que Séneca naciera en Córdoba y aún de que haya influido en nuestra literatura, impregnando de vulgaridad, no ha de servirnos de mucho.

Séneca era un retórico de mala sombra, a la romana; un retórico sin sofística, un pelmazo que no pasó de mediano moralista y trágico de segunda mano. Toreador de la virtud le llamó Nietzsche, un teutón que no debía saber mucho de toreo.

Más todo lo que resulta crítico de la tauromaquia se vuelve comprensivo, interpretación filosófica de la fiesta, sobre todo a partir del Mairena.

Vosotros sabéis, —dice Mairena a sus alumnos—, mi poca afición a las corridas de toros. Yo os confieso que nunca me han divertido. En realidad, no pueden divertirme, y yo sospecho que no divierten a nadie, porque constituyen un espectáculo demasiado serio para diversión. No son un juego, un simulacro, más o menos alegre, más o menos estúpido, que responda a una actividad de lujo, como los juegos de los niños o los deportes de los adultos; tampoco un ejercicio utilitario, como el de batir reses mayores en el matadero; menos un arte, puesto que nada hay en ellas de ficticio o de imaginado. Son esencialmente un sacrificio. (Atentos a esta proclamación: el toreo es un acto sacrificial, un presente al Dios pagano en la entrega de la vida del animal. Y sigue reflexionando Mairena). Con el toro no se juega, puesto que se le mata, sin utilidad aparente, en holocausto a un Dios desconocido. Por esto las corridas de toros, que a mi juicio no divierten a nadie, interesan y apasionan a muchos. La afición taurina es, en el fondo, pasión taurina; mejor diré fervor taurino, porque la pasión propiamente dicha es la del toro.

Mairena sigue analizando el comportamiento de los españoles sobre las cosas propias, la fácil crítica que se hace a todo lo nuestro sin entrar en un análisis que conduzca a un verdadero conocimiento. Y todo este soliloquio lo engancha en el tema de los toros. “En nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior hemos de tratar alguna vez el tema de la tauromaquia, cosa tan nuestra y al mismo tiempo, ¡tan extraña! He de insistir, sin ánimo de molestar a nadie, sobre el hecho de que sea precisamente lo nuestro aquello que se nos aparece como más misterioso e incomprensible”.

Es un aviso acerca del exagerado antichauvinismo de los españoles, nunca contentos con su realidad, siempre empeñados en una batalla entre la realidad y el ideal. No es ajeno al hecho de que nuestro libro más importante sea *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Parece como si el poeta mostrara algún tipo de corrección de posiciones críticas sostenidas en otros momentos. Llega a decir que la Escuela Popular estaría en guardia contra el hábito

demasiado frecuente de escupir sobre todo lo nuestro, antes de acercarnos a ello para conocerlo.

Nosotros nos preguntamos, porque somos filósofos, hombres de reflexión que buscan razones en los hechos, ¿qué son las corridas de toros?, ¿qué es esa afición taurina, esa afición al espectáculo sangriento de un hombre sacrificando a un toro, con riesgo de su propia vida? Y un matador, señores —la palabra es grave— que no es un matarife —esto menos que nada—, ni un verdugo, ni un simulador de ejercicios cruentos, ¿qué es un matador, un espada, tan hazafioso como fugitivo, un ágil y esforzado sacrificador de reses bravas, mejor diré de reses enfierecidas para el acto de su sacrificio? Si no es un loco todo antes que un loco nos parece este hombre docto y sesudo que no logra la maestría de su oficio antes de las primeras canas—, —¿será acaso un sacerdote? No parece que pueda ser otra cosa. ¿Y al culto de qué dioses se consagra? He aquí el estilo de nuestras preguntas en nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior.

Ahora les diré algo que les puede sorprender. Durante las décadas de los 50 y los 60, uno de los autores más leídos en Italia y en España fue Giovanni Papini, hoy completamente olvidado. Pues ser ratón de biblioteca proporciona la ventaja de encontrar perlas como la que sigue. Papini, en su obra *El libro negro* dice:

La corrida de toros constituye el símbolo pintoresco y emocionante de la superioridad del espíritu sobre la materia, de la inteligencia frente al instinto, del héroe que sonríe frente al monstruo de espuma en el belfo, o si así lo preferimos, del sabio Ulises frente al cíclope ignorante. De ahí que el torero actúe como ministro en una ceremonia de inequívoco sabor religioso. Su espada es la última descendiente del puñal litúrgico esgrimido por los sacerdotes.

Juzguen ustedes acerca de la visión de Machado y de Papini, ciertamente coincidentes.

Retomo el balance general de la visión que Antonio Machado nos ha dejado acerca de la tauromaquia. Lo ha descrito bien Rogelio Reyes cuando nos explica que

la evolución (de la visión machadiana) es en buena medida una matizada rectificación de posturas anteriores, tal vez demasiado rígidas. Sus escritos taurinos permiten seguir un proceso mental que va desde la entusiasta afición juvenil a la fiesta a la aprehensión y comprensión profunda del fenómeno, pasando por una etapa intermedia (los años de Baeza) en la que privó su repudio de signo social y regeneracionista.

Retorno al principio de mi alocución. Aquellos que pudiesen esperar una declaración que incluyera de manera indubitada a Antonio Machado como protaurino, pueden quedar frustrados al escuchar las críticas contra el toreo como parte del mundo arcaico y atrasado de la nación. Por otra parte, los esperanzados en que considerásemos a don Antonio como un resuelto enemigo de la tauromaquia igualmente habránse sentido insatisfechos.

Pero no hay tal, pues Antonio Machado no hace contraposición al acto de torear, al contrario, son múltiples los ejemplos que hemos traído de su valoración estética y cultural, aunque no esté dispuesto a que el toreo se utilice como un artificio para adormecer a la población ante la explotación social de la mayoría.

Y por fin está su valoración pausada, serena, de hombre que ha meditado mucho sobre el tema y no quiere hacer juicios rápidos, leves. Es cuando aplica su reflexión filosófica a una fiesta popular con siglos de práctica, con seguimiento populoso y fuente de inspiración para la cultura y el arte.